

Cincuenta números UNA pta.

Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2

No se devuelven los originales

Las huelgas y los obreros

Ya terminaron las huelgas que con el carácter de revolución pusieron en conmoción hasta el último rincón de España haciendo salir de su maraballo al Gobierno y abrir los ojos á muchos que hasta ahora los habían tenido cerrados. El origen, la causa y desarrollo de la huelga de Bilbao que ha repercutido en varias capitales de España, se presta á muchos y muy sabrosos comentarios y de ella podemos sacar lecciones muy provechosas.

La huelga general planteada en Madrid sin tener apenas ambiente en el elemento obrero, esos paros generales decretados en otros puntos contra el espíritu y el deseo de la mayoría de los trabajadores, esas coacciones violentas de que han sido objeto los mismos obreros, esos atropellos personales y asesinatos sangrientos, todo ello indica, más que el deseo de un bien económico y el interés de una reforma social, la existencia de una verdadera causa moral, porque, si la huelga, empleada como último recurso y en casos evidentes y justos, ha de merecer siempre el aplauso de la opinión sensata, manejada por vividores, como las más de las veces lo está, no puede ser más que elemento de destrucción que deja á muchos hogares en la más triste orfandad y sin pan, arrojando al obrero á la anarquía.

Esto ha podido comprobarse prácticamente estos días con esas huelgas revolucionarias que han perturbado la vida social en regiones tan industriales como Bilbao, Gijón, Oviedo, Zaragoza y Valencia y por eso el interés de todos debe estar en convencer al obrero de que para ser conscientes, instruirse y obtener las mejoras justas á que tiene indiscutible derecho en el orden económico, no tiene necesidad de arrajarse con inconsciencia y abandono en los brazos del socialismo que sólo sabrá hacer de él materia explotable, teniéndole sin cuidado que mejore en las condiciones del trabajo y que sus hijos se queden en la miseria y sin pan, con tal de que él siga contribuyendo con parte de su sudor al sostenimiento de esos centros dirigidos por sujetos aprovechados que, abandonando su oficio, si es que lo tienen, se erigen en directores de los obreros para vivir á costa de ellos.

¿Cómo explicar si no que los mismos obreros reciban muchas veces con asombro la huelga y que no pocos la secunden y remolque y con repugnancia? ¿A qué puede obedecer que huelgas que pueden terminar pronto y de una manera honrosa y justificada y con grandes beneficios para el obrero, se las prolongue y se las dé carácter

revolucionario en perjuicio del mismo? Es que las huelgas no están manejadas las más de las veces, por manos honradas sino por vividores que están interesados en la explotación del obrero, es que hay muchos que mintiendo al obrero un amor que no sienten, por miras interesadas unas veces y otras por un grosero egoísmo le lanzan, cuando menos piensa ó quiere, á la huelga y les importa muy poco que se prolongue porque ni ellos han de arruinarse ni por las calles ha de correr otra sangre que la que derramé el obrero, que ni sabe dónde va ni con qué intención le han sacado de casa.

El obrero sin embargo, aunque tarde, parece que empieza á desengañarse porque va viendo que los que truenan en los mítines contra todos y contra todo, rara vez se les ve por las calles en los momentos de lucha y todos ellos siguen el ejemplo de Iglesias encerrándose en la gran taberna de Perezagua, de ese célebre agitador burgués con ropa de socialista, para tomar *acuerdos gravísimos*, ó escondiéndose azorado como Soriano en la primer casa abierta, en cuanto asoma el peligro, sin acordarse para nada de sus *compañeros* que quedan en la calle expuestos á perder la vida por defender su ideal, y al ver esto van persuadiéndose que ellos sirven de *carne de cañón*, mientras sus directores comen bien, viven bien y pasan admirablemente la vida escribiendo cuartillas para mítines ó manifiestos políticos en magníficas fincas de recreo como Galdós ó paseando en automóvil propio como Lerroux.

A pesar de estos desengaños, aun hay muchos que siguen seducidos y fascinados por unas onzas de vidrio que algunas veces, no siempre, reciben de las cajas de resistencia y debe de convencerse de una vez para siempre que, si ha de triunfar contra la audacia de los dictadores y agentes de la perturbación social y del desorden anárquico, deben levantarse los obreros honrados y deseosos de trabajar, reivindicando en todos los terrenos, dentro de la ley y, si es preciso, hasta con la huelga como último extremo, su indiscutible derecho á la vida, pero enseñando al mismo tiempo á sus vividores que por encima del beneficio que ellos quieren obtener explotándolos, está la patria, está su bienestar, están ellos y sus familias.

El obrero, si ha de redimirse, tiene que empezar á pensar por sí propio, en vez de pensar por cuenta de otro, no dejándose llevar jamás por el señuelo de idealismo absurdo y corruptores, porque debe interesarle sin duda más, incomparablemente más que la bolsa de sus directores, su propio bolsillo.

SOCIALISMO

La absoluta destrucción de todo el ordeu social

el triunfo de lo inmoral, y de la diosa Razón, el crimen como acción la calumnia siempre lista, el incendio por conquista, y elevada en el pavés, la ruin vengaza, este es el socialismo anarquista.

Ejercer la caridad: sin ofender al de abajo, remunerar el trabajo con justicia y equidad, mirar á la sociedad no como á cruel tirano, tender al débil la mano, no rendirse al interés ni á la avaricia, este es el socialismo cristiano.

Justicia á secas

Apagada la hoguera revolucionaria, que durante unos días iluminó con sus siniestros resplandores el horizonte de la Patria, hemos entrado ahora en la segunda etapa de la misma, iniciada por la prensa radical, por esa prensa que alentó á las turias y hordas sediciosas á consumir las villanías y asesinatos registrados en el apogeo de la revolución, y la cual en el presente momento sustituye sus proclamas de exterminio por voces melifluas y plañideras, impetrando del Gobierno, no la reparación de los hechos execrables, y vandálicos, realizados por sus corifeos, sino una amplia amnistía á favor de los caníbales que en su antropofagia devoraron á seres inocentes é indefensos.

Esta es la táctica de siempre, la misma que emplearon cuando los sucesos de la semana trágica, y la que ejercitarán en cuantas ocasiones les depare el fracaso de sus intentonas revolucionarias.

Comenzó la campaña á favor de los detenidos y presos revolucionarios el periódico *El País*, rotulando su artículo con el sugestivo título «La clemencia del César.»

Dice el órgano de los republicanos progresistas, que se ha ensobernado de muchos hogares el llanto y la indigencia por la proscripción y recluimiento de seres amados y queridos, y no se acuerda que existen otras familias más afligidas aún, porque los seres que eran su sustento y su cariño, fueron inmolados por el puñal de los desalmados revolucionarios.

Los hechos delictivos ó crímenes para los cuales se pide relegación y olvido, son, omitiendo los de Zaragoza y otras poblaciones, los asesinatos de Alcira y Cullera, cuya descripción hace del siguiente modo el periódico republicano *España Libre*.

«Más tarde se presentaron frente á la casa del exalcalde y diputado provincial señor Bolea, que asaltaron tumultosamente.

«Los más exaltados recorrieron la

casa, arrojando varios muebles á la calle. Entre ellos estaba el piano, que al caer, aplastó á una niña de corta edad, y al abandonar la casa lo prendieron fuego».

Y respecto á los sucesos de Cullera, dice: «Antonio Dolz, alguacil del Juzgado, haciendo sobrehumanos esfuerzos, pudo salirse de entre las masas, y en vertiginosa carrera llegó á la orilla del río, ganando á la orilla opuesta. Allí fué capturado por un grupo de sediciosos, que le pegaron varios hachazos y le arrojaron al agua, echándole una piedra al pecho que lo sepultó al fondo del río».

«Continuando los revolucionarios su obra aniquiladora, se dirigieron á la Casa Consistorial, donde habíase refugiado el juez de Sueca, consiguiendo escalar los balcones y penetrar en el Ayuntamiento, atropellando al alcalde y á las personalidades que en el edificio se encontraban, hasta que lograron apoderarse del juez y oficial del Juzgado.

«Entonces, sin que valieran súplicas ni ruegos, fueron sacados del salón de actos del Consistorio, y al llegar á la escalera, un brazo fuerte asió al juez un hachazo en la nuca, que le dejó la cabeza colgando, y el oficial fué atravesado por una aguja alpargatera».

«El cuerpo del Juez, fué arrastrado hasta la calle, y el escribiente, agonizante, llegó por su pie hasta la puerta, donde cayó exánime.»

Para esos asesinos repugnantes, feroces y cobardes, que no se apiadaron de hombres indefensos é inermes, se solicita ahora la clemencia del César, lo mismo que se recabó en 1909 para los que se entregaban á inmundas profanaciones con los cadáveres desenterrados. Para estos delitos se pide ahora la clemencia, la impunidad, porque si no, ¿quién volverá á ejecutarlos el año próximo, ó cuando á los líderes del radicalismo se les anteje reproducirlos?

Nosotros no somos amigos de la crueldad, porque nuestras creencias religiosas y nuestros sentimientos religiosos nos lo vedan; pero tampoco somos amigos de la impunidad (como ahora se pretende,) por entender que ésta es la mayor de las crueldades. Un delito que no se castiga, es generador de futuros crímenes.

Primero, justicia á secas, hasta depurar todas las responsabilidades, y después, será llegado el momento de desposar aquella, con la clemencia y misericordia!

Palabra mágica

LIBERTAD

Ya sonó... no más cadenas;
Se acabaron ya tus penas